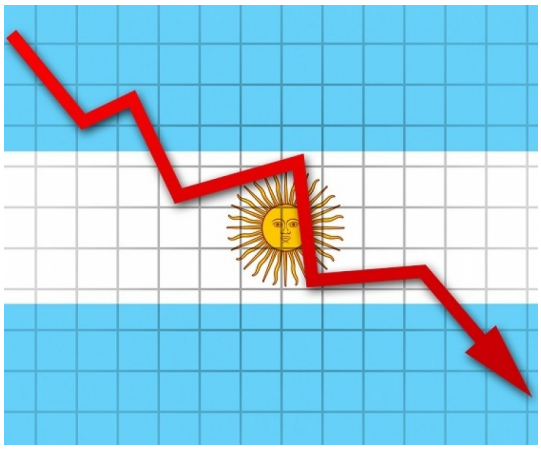

Argentina está al borde del colapso, de la quiebra más ominosa que se pueda concebir, incluso me atrevo a decir que jamás desde sus primeros pasos como país relevante en el concierto de las naciones los ciudadanos han tenido que enfrentarse a tamaños conflictos generados por la falta de gestión de sus gobernantes, de la corrupción que está presente en todos los rincones ocupados invariablemente por aquellos que le confiamos el poder y nos traicionaron violando la representación que le dimos de buena fe al momento de votar.

El pueblo se siente defraudado y resignados no perdemos el tiempo pidiéndoles a nuestros mandatarios que nos rindan cuentas pues es tan ostensible el hambre, la miseria, la falta de trabajo, la inflación que nos abruma que, aunque busquemos ansiosamente una salida nuestros esfuerzos chocan con la incapacidad de los que mandan.

Tal vez el origen de todo, de esta situación desgraciada que nos toca vivir a los argentinos, se encuentre en haber dejado de lado la Constitución Nacional, sus mandas, sus normas, sus principios, valores y derechos que perdió la sociedad empobrecida y deberes y obligaciones que el gobierno omitió cumplir como la Carta Magna impone.

Obstinadamente una administración confundida se asoció con las dictaduras del mundo, lo que constituyó la esencia de esta indignidad a la que nos llevó un mal gobierno